

ÍNDICE

Prólogo

El islam en Europa, una religión más
que ha de ser tratada como el resto

Olivier Roy 7

Prefacio

La confederación sin minaretes

Jean-François Mayer 15

Introducción (a la primera edición francesa)

Religioscope 21

I. La sombra del minarete: génesis y repercusiones
de una iniciativa

Jean François Mayer 25

II. La iniciativa popular en Suiza

Stéphane Lathion 35

III. El minarete en la historia del islam

Rachid Benzine 39

IV. El islam en Suiza: cifras

GRIS y Religioscope 45

V. El desafío de la inculturación: el paso al oeste
de la arquitectura islámica

Stéphane Lathion 49

- VI. Oskar Freysinger: «Evitemos convertirnos en los Biederman del multiculturalismo»
Patrick Haenni y Stéphane Lathion 59
- VII. No conquistarán el oeste
Patrick Haenni y Samir Amghar 63
- VIII. Antonio Hodgers: «El fundamentalismo de las críticas al islam también es peligroso»
Stéphane Lathion 81
- IX. ¿Prohibir los minaretes en la Constitución federal?
Erwin Tanner 83
- X. Daniel Zingg: en defensa de las raíces cristianas de Suiza
Jean-François Mayer 97
- XI. Construir hoy iglesias en tierra musulmana
Laure Guirguis 101
- XII. Ender Demirtas: «¿La iniciativa? Un primer paso hacia un futuro poco halagüeño»
Patrick Haenni y Stéphane Lathion 109
- XIII. Del minarete a *la cuestión musulmana*: la nueva crítica del islam
Olivier Moos 111
- XIV. Los minaretes en Suiza vistos desde el mundo árabo-musulmán: las razones del silencio
Husam Tammam 121
- XV. Conclusión
El minarete como atalaya: el nuevo canto del cisne y el olvido de las sociedades
Olivier Moos y Patrick Haenni 125
- Sobre los autores 129

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA
EL ISLAM EN EUROPA, UNA RELIGIÓN
MÁS QUE HA DE SER TRATADA
COMO EL RESTO

Olivier Roy

En Europa, a lo largo de los años ochenta, la extrema derecha xenófoba, e incluso la propia derecha, ha defendido un discurso antiinmigrante bajo el lema «los inmigrantes deben volver a su casa». En Francia, los carteles del Frente Nacional de Jean Marie Le Pen proclamaban: «Un millón de parados es un millón de inmigrantes de más». Y los ataques tenían como objetivo principal la cultura foránea de los inmigrantes; no ha caído en el olvido la declaración del presidente Chirac sobre los olores de merguez en las escaleras de algunos edificios.

Hoy el debate no gira en torno a la cultura de los inmigrantes en tanto que inmigrantes sino más bien en torno a la religión de sus descendientes que, en el intervalo y en numerosos países (como Francia o Gran Bretaña), han adquirido la nacionalidad del país de acogida de sus padres. De ahí que sea más el debate sobre el islam que sobre la inmigración el que ocupe las columnas de los periódicos, las emisiones de televisión y los discursos de los políticos de las derechas populistas y otras.

Por el contrario, este debate se ha focalizado de forma específica en los signos exteriores de la práctica religiosa, en lo que aparece como la visibilidad del islam en el espacio público: el

velo, el *burqa*, las mezquitas, los minaretes o, como en Francia, los menús *halal* en los restaurantes de comida rápida. No es tanto la presencia física de los inmigrantes lo que plantea el problema, sino la visibilidad del islam como religión. Lo que paradójicamente muestra que los musulmanes están bien enraizados en Europa y que la visibilidad de su práctica religiosa es sobre todo consecuencia de su arraigo. Y esta paradoja está de hecho implícitamente reconocida por los defensores de una posición crítica u hostil al islam que reconocen la presencia de los musulmanes en Europa pero desean que sean invisibles. No se trata ya de expulsar a los inmigrantes, sino de impedir que sus hijos se presenten como musulmanes creyentes y que se conviertan en los extranjeros del interior.

En esta nueva visibilidad del islam existe una profunda ambivalencia: por un lado, constituye el signo de una integración; por otro, es percibida como una agresión, dado que pone en tela de juicio los equilibrios, a menudo frágiles, contruidos a lo largo de una historia tumultuosa en Europa, en la que para empezar se han enfrentado las religiones entre ellas y, después, con la secularización de la sociedad y con los estados republicanos. Para los no musulmanes, la verdadera cuestión, más allá de la inclusión del islam en el espacio público, consiste en la compatibilidad del islam como religión con Occidente como cultura.

Las ilusiones del debate en torno a la compatibilidad

Sin embargo, este debate se encuentra en un callejón sin salida, ya que no sabemos en realidad de qué hay que hablar: si oponemos los valores occidentales a los valores del islam, ¿cómo definimos entonces los valores occidentales comunes, cuando la Iglesia católica defiende posiciones absolutamente opuestas al

secularismo y al liberalismo reinantes, y en particular en lo que toca a la familia, la mujer y la sexualidad? Si por el contrario, lo que queremos es definir los valores del islam, entonces nos encontramos frente a un amplio espectro de opiniones diferentes y sin que una autoridad indiscutible pueda hablar del *verdadero islam*.

El debate da la sensación de que hay dos bloques: Occidente y el islam. Y, sin embargo, cada uno de ellos alberga conflictos internos, a la vez que se tejen nuevas coaliciones que reagrupan a gente de cultura cristiana y musulmana y se erigen contra otra gente de cultura también cristiana y musulmana. Por ejemplo, entre los detractores más violentos del velo islámico se encuentran muchos individuos de origen argelino, mientras que numerosos católicos son mucho más tolerantes con respecto al velo, y a menudo se acepta en los colegios privados católicos.

Si nos concentramos en los signos externos del islam, la opinión pública no sabe muy bien qué pensar del islam en sí. En la duda, gran parte de la opinión pública europea intenta definir un *buen islam* moderado, que sería más bien discreto, que no se vea. El debate sobre los signos religiosos (velos, minaretes, comida *halal*) intenta definir lo que podría ser un *islam mínimo*, un islam compatible por defecto con Europa, no a través de una comunión de valores, sino por el contrario, por su invisibilidad y confinado a la esfera privada. Y es que en la cuestión del velo, el *burqa* o los minaretes, lo que se rechaza es lo que se percibe como un islam *fundamentalista*, es decir, extremista. La idea que subyace es que esos signos son la traducción visible de una teología radical y de un proyecto de conquista de Europa por parte del islam.

En realidad, no se puede comprender el debate sobre los signos religiosos sin ver que refleja una pregunta sobre la naturaleza del islam. Una pregunta marcada por una especie de *prejuicio*

teológico que concibe el islam como una teología que estaría, en esencia, opuesta al secularismo, a la democracia y al pluralismo. Para ser compatible con los valores europeos, lo primero que tendría que hacer el islam es reformarse y no sólo convertirse en un islam moderado, sino incluso liberal, algo así como el modelo de los judíos reformados de EE UU del siglo XIX. En suma, un islam *light*, feminista y *gay friendly*.

No obstante, este debate teológico sobre el islam es inútil, ya que los musulmanes no se plantean la cuestión de la naturaleza del islam, sino simplemente la posibilidad de practicar su religión en un contexto europeo. Responden a las preguntas y a las presiones con una adaptación de sus prácticas al nuevo contexto, sin entrar en un debate teológico cuyas bases y prejuicios han sido fijados, bien por los europeos, bien por los ulemas conservadores de las sociedades musulmanas tradicionales o incluso por los propios gobiernos de los países musulmanes con el objetivo de utilizar a los musulmanes de Europa como parapeto de su política exterior. Y sin embargo, la mayor parte de los musulmanes de Europa rechaza esas tres injerencias.

El fracaso en la búsqueda de un islam al gusto de Europa

La separación de la religión y del Estado constituye uno de los principios indiscutibles de los sistemas políticos europeos, a pesar de que se decline de múltiples y diversas formas. Existe una iglesia oficial en Dinamarca y en Gran Bretaña, iglesias reconocidas en Alemania, Italia, Grecia y Suiza; por el contrario, en Francia hay un laicismo político, podríamos decir ideológico, muy arraigado. Pero en el fondo, en todos ellos la separación se encuentra contemplada, bien en los textos, bien en la práctica política. La consecuencia de esto es que los estados no pueden per-

mitirse intervenir ni en la organización interna de las religiones ni en la definición de los dogmas religiosos. Y sin embargo, todos subrayan la necesidad de favorecer un *buen* islam y promover a *buenos* líderes religiosos, de los que se sobreentiende que defienden la versión del islam que parece moderada y liberal a ojos de los europeos.

El gobierno francés ha intentado constituir un Consejo Francés del Culto Musulmán, susceptible de gestionar las mezquitas y la formación de los imames. En España, al igual que en Italia, son principalmente los grupos de convertidos los que intentan imponerse como los *buenos* musulmanes. En Alemania, un resultado paradójico hace que sean en realidad los alevíes, un grupo muy laico (y por otro lado considerado como no ortodoxo por los suníes), los únicos que han sido reconocidos como comunidad religiosa musulmana.

La consecuencia es que todas las tentativas de dejar emerger un islam al gusto europeo o fracasan o favorecen a grupos marginales. Y la irrupción del islam en el espacio público se produce fuera del control de los estados. Preocupa, por tanto, a pesar de que de hecho exprese justamente no el rechazo a la sociedad occidental, sino la voluntad de encontrar su sitio en ella. Por otro lado, la visibilidad no es nunca producto de las grandes organizaciones islámicas sino, por el contrario, de individuos (mujeres con velo) y de congregaciones locales (mezquitas).

En realidad, el individualismo y la diversidad de los musulmanes europeos son dos elementos fundamentales que la opinión pública europea debería percibir positivamente, ya que favorecen la integración sobre todo individual y localmente. Y sin embargo, sucede lo contrario, tras esta diversidad se busca una indivisible unidad e incluso un proyecto político. Ese precisamente que la derecha suiza asocia a los minaretes, a pesar de que

sean contadas las comunidades musulmanas que desean construir en Suiza mezquitas con minaretes y que las comunidades más jóvenes que cuentan con un minarete se hayan constituido a partir de una solidaridad étnica (turca y albanesa) y no de una visión universalista del islam.

La visibilidad, una prueba de integración

A pesar de todo, a los musulmanes europeos les interesa poco el debate teológico por varias razones. La primera, porque hay pocos teólogos reformadores: la mayor parte de los pensadores reformistas que escriben en Europa o en el mundo musulmán no son teólogos y carecen de credibilidad. Y sobre todo, porque lo que les interesa a los musulmanes en Europa es la práctica y no el debate teológico. Desean vivir su fe en el día a día y en un marco europeo.

Para ellos la visibilidad, en lugar de ser una marca de hostilidad o de rechazo a integrarse, consiste más bien en una petición de aceptación del islam en el espacio público y en un régimen político que aceptan (a excepción de una minoría de salafíes). Construyen las mezquitas a partir del modelo de la parroquia cristiana: las asocian a actividades sociales y culturales y congregan a los musulmanes de un barrio o una ciudad. Han dejado de lado la reproducción del modelo turco o marroquí y no dudan en edificarlas con un estilo moderno.

Desde el punto de vista personal, podemos constatar la aparición de un nuevo tipo de líderes religiosos: el imam de la mezquita local. No lo es el cadí, o juez islámico, a falta de tribunales religiosos, ni lo son los ulemas, ausentes del paisaje musulmán europeo. El imam tiende a convertirse en el gestor de una mezquita y en el director espiritual de una comunidad, en lugar de limitarse a predicar y dirigir la oración. Posee una función social

que lo convierte en interlocutor ante sacerdotes y otros pastores cristianos, así como ante las autoridades locales.

En Francia, por ejemplo, las fuerzas armadas han creado su propio cuerpo de consejeros espirituales musulmanes (*aumôniers*), directamente nombrados por las autoridades militares, lo que contribuye no sólo a dar mayor visibilidad al islam (los oficiales llevan la media luna en la hombrera), sino también a organizar la vida religiosa en el mismo marco que el del cristianismo y el judaísmo. La visibilidad constituye la condición de la integración. Resulta interesante constatar que las fuerzas armadas, que no gozan precisamente de una reputación de progresistas, han comprendido ese hecho mejor que los políticos de derechas o izquierdas.

Esta integración del islam en el paisaje religioso de Europa se realiza sin un verdadero debate teológico, lo que en sí es sin duda positivo. Quizás haya ulemas en las filas de musulmanes europeos que posean un pensamiento original, pero no es esta condición necesaria para adaptar el islam a Europa.

De la reivindicación del modelo político al combate ético

En este sentido, el islam en Europa no es ni *européo* ni *extranjero*, es el creyente el que se adapta, no la religión en sí. Sobre todo teniendo en cuenta que las diferentes formas que reviste la sensibilidad religiosa de los musulmanes son en realidad muy similares a las de los movimientos de *revival* que existen en el cristianismo o el judaísmo. La voluntad de centrarse en la práctica y de querer que la fe posea visibilidad en el espacio público no define en absoluto la *excepción* del islam. No están por un lado los valores europeos y por otro el islam, ya que Europa se encuentra, más que nunca, dividida en dos entre los *liberales* (no todos de izquierdas) y los *conservadores* (no todos de derechas): las religio-

nes europeas en sus versiones revivalistas (evangélica, judía ortodoxa o católica) se oponen frontalmente a la cultura europea contemporánea, calificada como «cultura de muerte» por el Papa.

Estos movimientos religiosos, tanto cristianos como musulmanes, ya no luchan por modelos políticos sino por defender ciertas normas y valores. De ahí que sean más bien el aborto, el matrimonio homosexual y el creacionismo donde se encuentren sus nuevos campos de batalla, y no el laicismo en sí. Estos movimientos ya no se interesan por la política en sí. Y es precisamente a este frente de valores al que se suman los musulmanes practicantes, ya sean conservadores o salafíes. Paradójicamente, la visibilidad del islam marca su equiparación a las otras religiones.

Por su lado, lo que solicitan los musulmanes es una igualdad en el tratamiento, y no el reconocimiento de una especie de excepción islámica. Todo aquello contra lo que luchan los políticos populistas europeos (el velo, el minarete o la comida *halal*) forma parte de la integración de los musulmanes en el paisaje religioso europeo, pero hoy sobre una base más bien conservadora y poco interesada por el debate teológico.

La cuestión no es otra que la de reconocer el islam como una religión europea más. La libertad religiosa implica que a nadie se le pueda imponer una pertenencia religiosa que rechaza (y por tanto habrá que reconocer el derecho a la apostasía), pero también que a nadie se le impida gozar del derecho de practicar libremente una religión elegida libremente, siempre y cuando se respete el marco legal existente, al que se han de someter de igual manera todas las religiones.

Europa ya no es cristiana, tampoco será musulmana pero debe continuar siendo un espacio secular y democrático en el que se pueda ser ciudadano y creyente.